

# Josefina, una chica de carácter

( CUENTO )

Por JULIO CENDAL



CUANDO el oficial dio la voz de ¡Rompan filas!, los jóvenes cadetes se dislocaron, como bandada de gorriones sueltos, llenando de gritos y risas los patios de la Academia, yendo cada cual a abrazar a sus familiares que esperaban con impaciencia la hora final de la ceremonia castrense de aquel día.

Aquella mañana había sido ciertamente muy movida. Desde el toque de diana, hasta las dos de la tarde, la tropa había estado formada. Primeramente fueron los movimientos previos a la formación y puesta a punto, la colocación de las unidades en sus lugares señalados, la misa de campaña, el acto propio de la jura de bandera, la arenga del coronel director y, por último, el desfile militar.

A pesar de su cansancio, Antonio llegó hasta los suyos con su natural alegría, repartiendo besos y abrazos a su padre, a su madre, a sus dos hermanos menores y a su hermana mayor, Alicia, que habían venido del pueblo para asistir al trascendental acto. Al final de todo se encontró, de improviso, con unos ojos femeninos que le sonreían, y una mano que, como paloma fugitiva, se acercaba a la suya para saludarle y felicitarle. Correspondían tales prendas a Josefina, la íntima amiga de Alicia, que le decía:

—Bien, mi teniente; lo habéis hecho de maravilla. Yo me he emocionado mucho. ¿Hay quién dé más?

—No, Josefina; no hay quién dé más. Al menos yo, que no estoy para dar, sino, a lo sumo, para recibir.

—¿Y qué desea recibir el señor oficial?

—Por lo menos, por lo menos, un buen vaso de naranjada, y ciertas indulgencias femeninas. Eso, de momento.

—Pues no sois, Antonio, muy ambicioso, Por si a mí respectan algo esas concesiones, sabéis que ya están concedidas.

Y le sonrió, al mismo tiempo que le alargaba la copa que el camarero servía en aquellos momentos en la bandeja.

\* \*  
\* \*

A los cinco meses de noviazgo, la hecatombe. Josefina — veinte años, morena, ojos de color de guinda — quedó parálitica de las extremidades inferiores. Imposible describir todo el barullo de emociones de intenso dramatismo en aquellos imborrables días, desde que comenzaron las molestias para andar — una mañana al levantarse del lecho — hasta llegar a la paralización motora y refleja de los movimientos mínimos. Esta experiencia nunca se borrará de la memoria de ella, de sus familiares, de Antonio. Todos, desconsolados, deshechos, abobados, increíbles de la realidad.

Pasaron dos meses. Dios da fuerza para todo, y lo que al principio nos parece inexplicable, luego, cuando llega la luz, comienza a ser hacedero, descubritivo y posible. Son los momentos de la serenidad, del fiar y del amor. Pero del amor verdad, no de la ilusión, el contento y lo fugaz, que es diferente. ¡Cuánto cuesta! Así, en Josefina. Una muchacha de entera formación y enraizados sentimientos cristianos, etc..., pese a su minusvalía actual.

Los médicos dieron algunas esperanzas. Pocas en realidad, muy débiles científicamente; muchas, por caridad, divinamente. Y las cosas entre ella y Antonio comenzaron a sedimentarse, a adquirir nuevos contornos, nuevo y auténtico amor.

Un día él la dijo que quería casarse con ella, pese a eso...; que la continuaba amando, que la quería más si cabe, que cuando estrenó en sus ojos, aquella mañana castrense de juventud, el primer chispazo de ilusión encendido exclusivamente para él... Todo inútil, Josefina no admite, porque le ama con fuerza, condenarle a un pesimismo y a una desilusión sucesiva, voraz y cruel, en cuyos sentimientos caería irremediamente ante la inextinguible realidad de su verdad total. Mucho ha luchado Antonio por ello, por doblegar a Josefina, durante días y meses, pero Josefina es como el acero en su carácter, que se dobla —son-



riendo en su dolor a Antonio— pero no se parte — otorgándole esa suprema concesión—. Espléndida Josefina hecha para amar, y para amar a Antonio, desde su grávido corazón de mártir hasta el epitafio inmortal de su vida.

\* \* \*

Una mañana —pasado ya un año de la separación— desde su cuarto de soledad, escucha una marcha militar. Se había enterado el día antes por el periódico que la promoción de Antonio marcharía a unas maniobras a unas montañas lejanas, y que luego sería destinada su compañía a Africa. Empuja ella misma suavemente su noble sillón de ruedas hasta alcanzar la balastrada del balcón. Desde allí contempla, sería como una esfinge, entera como una mujer de las Escrituras, el desfile militar de la tropa, y al frente de sus soldados, bizarro y con bravura, curtido por el sol, a su Antonio, el perdido amor...

Regresa a su cuarto de amargura y soledad, y todavía en su pequeño transistor «Radio Zaragoza» retransmite el desfile entre los aplausos del público y la música triunfal de «Los Voluntarios». Piensa que en la renunciación se esconden los mejores sentimientos, mientras las lágrimas, mansas y ardientes, le nublan dulcemente su mirada...



El mapa de la provincia de Cáceres ha experimentado profundas modificaciones geográficas en el año 1969, de cuyo proceso dejamos aquí constancia.

Arriba, el lago de Alconétar a medio llenar. Abajo, el glorioso Puente de Alcántara en seco, quizás por primera vez en su milenaria existencia.

(Fots. Callejo)

